

Por qué tenemos que leer. José A. Gómez Hernández

Palabras por la lectura. Edición de Javier Pérez Iglesias. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2007, p. 92-96.

No creo que las razones por las que yo leo sean diferentes de las de otras personas, y por ello quizás no sea de mucho interés detallarlas. Solo diré que leo porque a través del lenguaje pienso, me expreso y me relaciono, y leer alimenta mi memoria, mi conocimiento del mundo y me facilita entenderme a mismo, e intentar comprender a los otros. También a veces leo para relajarme, para aislarme de lo que me rodea, para entretenerme, para sentirme informado de lo que pasa, para saber lo que piensan, viven, o cuentan y han contado otros miembros de mi comunidad histórica o cultural.

La verdad es que leo de todo: libros, periódicos, revistas o cómics, pues me encantan los formatos tradicionales. Pero también leo continuamente en Internet documentos de la web, notas de blogs, prensa digital y todo tipo de contenidos audiovisuales y multimedia. Y también leo carteles, anuncios por la calle, rótulos, mensajes de móvil, las imágenes que me rodean.... Es decir, entiendo la lectura como una actividad diversa de apropiación de información y conocimiento, que adopta muchos códigos, formatos y formas (lineal, hipertextual, superficial o reflexiva, puntual o continuada, etcétera), según los momentos. Y todas las modalidades de lectura me son útiles, por lo que creo que es bueno combinarlas en función de los fines de y contextos de cada momento.

Se han dado muchas razones sobre por qué y para qué leer, y me identifico con la mayoría, aunque aparentemente se contradigan.

Se puede...

leer para pasar el rato, o leer para aprovecharlo;

leer para recordar, o leer para olvidar;

leer para huir o leer para encontrarse;

leer para amar y leer para odiar;

leer para releer, o leer para no leer más,

leer para crear y leer para destruir,

leer para pensar, y leer para desconectar;

leer para aprender y leer para desaprender;

leer para ensimismarse, o leer para compartir;

leer para ocultarse, o leer para mostrarse;

leer para perderse, o leer para encontrarse;

leer para diferenciarse y leer para identificarse;

leer para reafirmarse o leer para contradecirse;

leer para crecer y leer para sentirse pequeño;

leer para ganar tiempo y leer para perderlo;

leer para contemplar o leer para vivir;

leer para divertirse y leer para aburrirse;

leer para informarse o leer para aturdirse,

leer para después expresarse o leer para callar

leer por necesidad y leer por placer;

leer por querer vivir o por estar harto;

leer por azar o leer por determinación;

leer por pasión o leer por convicción;

leer por imitar o leer por innovar;

leer por obedecer y leer por rebeldía

En suma, cada lector tiene su razón, su intuición o su pasión que lo hace serlo, y todas valen en tanto son para alguien su impulso hacia los libros.

Mi actividad como profesor, y mi vivencia lectora, me hacen preguntarme por el sentido de la didáctica de la lectura: ¿Se puede compartir estas razones con los que aún no leen? ¿Se puede transmitir la pasión por la lectura, o hay que esperar y desear que surja por casualidad o por el descubrimiento del placer que produce? Adelanto mi respuesta: creo que sí se puede transmitir, y sobre todo, que hay que crear las condiciones para que se forme la capacidad de leer, comprender y expresarse, pues es necesario hacerlo.

En ese sentido, no comparto las argumentaciones que niegan la posibilidad de animar a leer, aunque las pueda comprender por las dificultades para la lectura que se dan en el contexto en que vivimos. Estas argumentaciones suelen considerar que la lectura es algo que inevitablemente es y será minoritario, que no se puede enseñar. Y me producen incomodidad, porque quienes mantienen esta posición pesimista, victimista o elitista son autores influyentes, que admiro y reconozco, o incluso algún bibliotecario o maestro. Según estas opiniones, la actual vivencia del tiempo, las prácticas de cultura y de ocio que conllevan consumos inmediatos, y otros factores, harían la lectura algo poco viable en la sociedad actual: "Nada que hacer, es inútil; la lectura ha sido y será siempre solo para una minoría. No vamos a pedir que todo el mundo desarrolle pasión por la lectura" (Saramago, según cita de *France Press*, en agosto de 2006), o "Leer será en el futuro un acto de rebeldía (...) el amor por la lectura se aprende, pero no se enseña. Nadie puede obligarnos a enamorarnos" (Manguel, *El país* de 13 de enero de 2007).

Yo me temo que estas reflexiones refuerzan al que ya es lector, y realzan los grandes valores de magia, descubrimiento o placer inefable de la lectura, pero creo que por el contrario alejan al que todavía no lee. Y quizás incurren en una cierta minusvaloración de los esfuerzos de promoción lectora de los poderes públicos, del sistema educativo y del sistema bibliotecario, que tienen que hacer su labor de creación de condiciones de posibilidad, de recursos, de educación, de espacios de encuentro con la lectura. De hecho, ignoran las estadísticas según las cuales estamos en una época en la que se lee más que nunca, hay más y mejores bibliotecas, más documentos de acceso público disponibles...

Para compensar estas visiones, diría en primer lugar que hay que entender la lectura como esa actividad múltiple que antes describía, no circunscribirla únicamente a la lectura de libros impresos de carácter literario (narración, ensayo, poesía...), científico e informativo. En segundo lugar, tenemos que acostumbrarnos a valorar tanto la lectura lineal de textos expositivos, narrativos o argumentativos (fundamental porque ayuda al pensamiento y la comprensión), como las lecturas superficiales que nos aportan datos, o la lectura hipertexto que nos adiestra en hacer conexiones entre ámbitos y textos distintos, que creo que generan también creatividad e innovación.

Las visiones de equilibrio son más estimulantes y efectivas socialmente que las posturas que transmiten una sensación de oposición entre libros y bytes, cultura impresa o cultura electrónica. Huyo de las visiones que presentan la lectura, en tono alarmante, como una actividad agonizante, en peligro o declive, o plantean la lectura o los libros como enemigos de los ordenadores e Internet, o la cultura audiovisual y multimedia

como enemiga de la impresa. Lo más importante es continuar trabajando desde las escuelas y las bibliotecas por la práctica de las distintas posibilidades de lectura, para que se sepa usar de modo contextualizado e intencional las que procedan en cada momento y saber aprovecharlas e integrarlas en nuestra vida de modo natural.

Ello, además, porque la lectura no es solamente una cuestión de placer, sino una necesidad para el conocimiento y la vida social. Si nos limitamos a decir que la lectura es un placer (que lo es), lo equiparamos a otros placeres de la vida como disfrutar un buen vino, coleccionar sellos, hacer deporte, ver cine o ir de compras. Pero leer es, antes que un placer por el que se puede optar o no, una necesidad para la que hay que formar. La capacidad y la práctica de la lectura son fundamentales porque son la herramienta para desarrollar el lenguaje, que a su vez es el soporte de nuestra inteligencia, y también de la capacidad de expresarnos, y de la convivencia y participación en la sociedad.

Por eso es fundamental leer, y educar para comprender lo que se lee. Confío en que el placer de la lectura se produzca como resultado de la buena educación lectora, que entiendo como una *alfabetización* amplia en los diversos códigos y formas de lectura, y en el análisis competente de la información que se obtiene. De modo que creo que me merece la pena leer y disfruto al hacerlo porque tengo la capacidad de saber para qué lo hago y comprender lo que leo. Al interiorizar la capacidad lectora y practicarla con naturalidad creo me la he apropiado como una herramienta que uso sin necesidad de pensar en ella, o en si lo hago por placer o por deber.

La lectura es fundamental para la educación, para poder desenvolverse y aprender a lo largo de la vida. Por ello creo que, como ha señalado José A. Marina, apoyar la educación es algo en lo que todos hemos de implicarnos, que debe ser objeto de una movilización colectiva. En un mundo de exceso de información, saber leer, saber encaminarse en la lectura de lo que necesitamos, saber enriquecer nuestra memoria con conocimiento significativo, nos permite vivir y convivir mejor.